

Y apacible quietud.
 Duerme, duerme, bello niño etc.
 Yo uniré mi triste suerte
 A tu suerte, prenda mía;
 A mi lado quiero verte
 Hasta que llegue la muerte
 Y me hunda en la tumba fria.
 Tu aliviarás mi dolor;
 Yo aliviaré tu horfandad;
 Yo cuidaré de la flor

De tus años, con amor,
 Y tu mi marchita edad.
 Duerme, duerme, bello niño,
 De la dicha en la ilusion,
 Que tus lágrimas ¡ay! son
 Las que aumentan mi cariño
 Y penas del corazon.

(Para el Liceo Mexicano. Pachuca junio
 1844.) José Sebastian Segura.

GEOLOGIA.



A geología es la ciencia de la tierra, y abraza mas ó menos directamente todos los conocimientos que tienen relacion con nuestro globo. (1) Algunos la subdividen en tres partes: la *geología física*, que trata de la forma exterior del planeta que habitamos, de sus dimensiones, de la posición que ocupa en el espacio, de sus movimientos, de su densidad y de su division en líquido y sólido: la *geognosia*, que se ocupa de las materias de que se compone el globo, de su posición relativa, de su naturaleza y de los fenómenos que tienen lugar en su superficie ó en su interior; y la *geogénia*, que combina los hechos de la naturaleza material para elevarse á sus causas, que investiga las leyes que han presidido á la formación de las diferentes partes de la tierra, y que, apoyándose en los conocimientos positivos que le suministran la física, la química, la mecánica, la hidráulica y la astronomía, trata de explicar todos los fenómenos y aun la for-

[1] Segun nuestro sabio D. A. del Rio, la geología es la ciencia que investiga los cambios sucesivos de los reinos orgánico é inorgánico de la naturaleza, y las causas de estos cambios, y su influjo para modificar la superficie y estructura exterior de nuestro planeta.— (Nota del traductor.)

macion del mundo. Las dos primeras partes que contienen la enumeracion y el análisis de los hechos, son los que constituyen la ciencia que ha progresado estraordinariamente en estos últimos tiempos. Sin ocuparnos en particular de cada una de las divisiones que acabamos de considerar, comprenderemos en los artículos lo que vamos á decir sobre la Geología: 1.º, historia de esta ciencia, 2.º, exposicion de los hechos, y 3.º, ojeada sobre algunos sistemas.

ARTICULO I.

Historia de la geología.

La geología habria hecho progresos positivos mucho tiempo ha, si los que se dedicaron á ella no hubieran recorrido el círculo de las probabilidades, ántes de verse precisados á ocurrir al Génesis, que es el primer monumento que suministra á esta ciencia datos útiles sobre la formación de la tierra, y cuyas doctrinas, bien consideradas, no se oponen á las observaciones que posee la geología, pues pueden apreciarse los dias de la creacion como alternativas de luz y de tinieblas, de un tiempo indeterminado, ó como épocas, cuya duracion nos es desconocida. De esta opinion fueron Buffon, De Luc, el padre Bertier y otros sabios que deseaban conciliar el respeto que les

piraban los libros sagrados, y su amor á la ciencia.

Exceptuando las ideas que acerca de la creacion, del caos y del diluvio universal encontramos vagamente esparcidas entre los antiguos, y exceptuando tambien algunos pasages de Hesiodo, Ovidio y Virgilio, nada se ve en la antigüedad, que pueda hacer creer que se ocupasen en el conocimiento del globo terrestre. Verdad es que el mas antiguo de los físicos, Tales, consideraba el agua como el principio constitutivo de la tierra, y que esta opinion fué renovada entre los griegos por Epicuro, y despues por Lucrecio; pero media una gran distancia entre la ciencia y este sistema. Strabon es el primero que hace mencion de los fósiles tan generalmente esparcidos, y Plinio, cuyos conocimientos fueron tan variados, ha consignado en su obra un gran número de observaciones que pertenecen á la geología. Desde esta época hasta fines del siglo XV, no se encuentra nada que pueda manifestarnos lo que pensaban los hombres acerca del origen y la arquitectura del mundo; pues hasta principios del siglo XVI fué cuando Jorge Agricola dió á luz dos obras, titulada una, *De re metallicá*, y la otra, *De ortu et causis subterraneanarum*; y estas producciones, que despues han servido á muchos sabios, comenzaron á manifestar el interes que presenta el estudio de la tierra; mas en vez de estudiar á la naturaleza, se quiso explicarla, y con el siglo XVII aparecieron la serie de sistemas, que desde entónces han invadido y frecuentemente sofocado la ciencia. En 1681 Burnet publicó en Inglaterra su *Teoría del mundo*; en 1708, Guillermo Whiston la destruyó dando otra. Scheuchzer, Bourguet y Swedenborg, publicaron sus hipótesis, refutando siempre las de sus predecesores. Todos estos *fautores* de mundos tomaron el agua por agente principal de las perturbaciones que se veian precisados á suponer: mas cuando comenzó á agotarse este medio, recurrieron al fuego, y el famoso Leibnitz, en su *Protogaa* representa al globo terrestre como una masa vitrificada por un fuego ardiente; y Buffon aun que partiendo del mismo principio, le atribuye en sus *Epoas de la naturaleza*, un modo distinto de obrar. Stenon y Ray, buscaron en los volcanes la causa de todas las revoluciones del globo, pero no pasó mucho tiempo sin que se volviese á recurrir al agua, pues el ingles Whitturst y el sueco Wallerius, representaron á la tierra como un depósito acuoso, y no como una ampolla. Todos estos edificios concebidos por la imaginacion, y tan pronto construidos como

derribados, manifestaron la necesidad de dar otro giro al entendimiento humano, y se conoció que ántes de construir el mundo, era preciso analizarlo y examinar cuanto fuese posible, pieza por pieza, todas las partes de su estructura. Bacon trazó el camino que debia seguirse en el estudio de todas las ciencias, multitud de sabios comenzaron á seguirlo, y miéntras Newton ilustraba la física y la astronomía, Bergman publicaba su *Geografía física*, y Fuchs presentaba á la Alemania su *Historia terrarum et maris etc.*, que aun todavia seria un buen manual de geología. No obstante, hasta fines del siglo XVIII hicieron salir á las ciencias geológicas por decirlo así, de las entrañas de la tierra, las inmortales investigaciones de varios ingenios distinguidos. Saussure estudia los Alpes y va á pesar la atmósfera á la cumbre del Monte-Blanco; Werner, quien por sus grandes trabajos merece ser llamado el creador de la geognosia, clasifica las rocas y señala el lugar que cada sustancia mineral ocupa en la corteza del globo terrestre; Dolomieu interroga á los volcanes; Voigt describe los basaltos; y Spalanzani, célebre profesor de Pavia descendiendo á todos los cráteres de la Sicilia, analiza todas las lavas, y por medio de sus ingeniosos experimentos, mide la intensidad de los fuegos subterráneos. De Luc, Pallas, Patrín y Ramond, enriquecen á la ciencia con multitud de observaciones útiles, y poco á poco se comparan las diversas partes del globo y se manifiestan sus analogías y sus diferencias; y hoy merced á los muchos viages emprendidos y ejecutados de 30 años á esta parte, cada sabio sin salir de su gabinete puede examinar las cumbres de los Andes, el pico de Tenerife, los fuegos del monte Hecla, los paisés de la Auvernia, las rocas levantadas de la Westfalia y los cráteres del Etna. Brochand de Villiers, Mohs, Escher y Ebel, han analizado los Alpes; Barmond los Pirineos; d'Engelhardt el Cáucaso; Omalius d'Halloy ha descrito la Bélgica y la Francia; Freiesleben, Heim, Voigt y de Hoff han explorado la Franconia y algunas otras provincias del norte; de Raumer la Sajonia y la Silesia; d'Aubuisson y Charpentier han recorrido diferentes puntos de Europa; M. de Buch ha interrogado á las montañas de la Noruega, á las de Italia y á las de varias islas de Africa; la Hungría y la Transilvania han sido descritas por Esmark, la Suecia por Haussmann, la Inglaterra por multitud de sabios ingleses, y por último, Humboldt, el sabio universal, la inteligencia mas vasta del siglo XIX, ha seguido á la naturaleza en todas las partes del mun-

do, y despues de haber examinado las cumbres de los Andes, las minas de las montañas de la Siberia, y los volcanes del interior del Asia, ha entregado á los sabios una asombrosa multitud de materiales. Estos estudios tan multiplicados, han dado lugar al descubrimiento de un hecho de gran importancia para la geología, y es la existencia de diversas especies de fósiles en distintas capas terrestres. Antes de esto los restos de los cuerpos orgánicos, encontrados en las masas minerales no habian sido considerados sino como un accidente en el depósito general; pero desde que multiplicadas observaciones demostraron que profundizando en las entrañas de la tierra, se encontraban restos de animales diferentes de las especies vivientes, y algunos del todo distintas, se dedujo que la sola inspeccion de un fósil podia servir para determinar la profundidad del terreno en que se encontraba; y desde entónces el conocimiento de los fósiles fué indispensable á todos los que se ocupan en el estudio de la tierra. Cuvier y Brongniart han trazado el camino que debe seguirse en el estudio de los fósiles, enriqueciéndolo con multitud de trabajos importantes; y Blumenbach y de Schlottheim en Alemania, Buckland, Mac-Culloch y Conybeare en Inglaterra, han rivalizado con sus modelos, y pronto poseeremos los materiales necesarios para completar la zoología y la botánica anti-diluvianas. Sin hablar de los que se dedican á trabajos geológicos en Inglaterra, Prusia, Rusia, Alemania é Italia, la Francia posee muchos sabios dedicados exclusivamente á esta ciencia, M. M. Elie de Beaumont, Ferussac, Bouée, Rozet, Jobert, Alejandro y Adolfo Brongniart, Omallus d'Halloy y muchos otros trabajan con tanto celo como buen éxito en la propagacion de las ciencias geológicas. En Europa se publican cerca de 200 periódicos, revistas y recopilaciones aca-

démicas destinadas mas ó ménos directamente á reunir los documentos que les suministran los geólogos de todos los países. Esperamos que todos los sabios, mas circunspectos y menos crédulos que ántes, se detendrán algun tiempo en examinar los fenómenos, en considerar atentamente los hechos y en describir la naturaleza, en vez de gastar su energia y agotar sus fuerzas en construir sistemas que deben morir con sus autores ó poco despues recordando siempre que la geología no fué una ciencia sino desde el dia en que se abandonaron los sistemas.

(Continuará.)

En su correspondencia astronómica demuestra el baron de Zach que el imperio Ruso es probablemente mas estenso que todo el continente de la luna, suponiendo que en este planeta, aun en el nuestro, ocupen los mares los dos tercios de la superficie total.

El cálculo no es ni difícil ni largo. El diametro de la luna es de 283 leguas, su superficie es de 2.505.261 leguas cuadradas. Quitense los dos tercios y quedarán 835.87 leguas cuadradas para el continente. La Rusia, segun las evoluciones hechas en 1818 estiende su dominacion sobre una superficie de 958.872 leguas cuadradas. No se han comprendido en este cálculo las partes de América que pertenecen á la Rusia.

El hombre que muere es un astro que se opaca para brillar despues mas en otro emisferio.

Goethe.

No debe uno dejar su puesto sin permiso del que manda; el puesto del hombre es la vida.

Pitagoras.



MARGARITA.



N un aposento ricamente adornado, se mira una jóven vestida con elegancia y sencillez, que recostada en un sofá, con la mano en la megilla y los ojos fijos en el suelo, da muestras de estar profundamente pensativa. Abrese una puerta, un hombre de cerca de cincuenta años y de fisonomia adusta, se dirige hácia la jóven, se sienta á su lado, y despues de unos momentos de silencio, le dice.

—¿Cuál ha sido tu resolucíon, Margarita?

—¡Ah padre mio! qué quereis que os diga.

—Te has convencido ya de las ventajas que nos trae este matrimonio.

—Sí, pero queria sin embargo...

—Como! rehusarias dar tu mano á D. Carlos!

—No... pero soy tan jóven todavia: tan poco me amais, que os dais tanta prisa á separarme de vuestro lado? Ya que tanto os empeñais en que este enlace se verifique, dilatadlo siquiera un poco, miétras tengo tiempo de tratar á D. Carlos, á quien mal puedo amar cuando apenas le conozco.

—Di mas bien, repuso D. Diego, frunciendo el entrecejo, y dando mas aspereza á su fisonomia, que alguno de esos mosalvetes insustanciales que hoy estan en moda...

—No padre mio, os lo juro, ninguno puede llamarse, hasta ahora dueño de mi corazón.

—Es verdad que D. Carlos no es muy jóven; pero tampoco es viejo, y ademas, sus riquezas y su influjo en el gobierno, hacen que sea un partido ventajosísimo para cualquiera muchacha. El amor á él, le irás teniendo poco á poco, cuando veas que satisface todos tus deseos, y que te proporciona en el mundo un lugar distinguido.

—¿Y juzgais esos, suficientes motivos para que le ame? no nos bastan las riquezas que ya poseemos? Por otra parte, os habeis visto en los mas altos empleos, y debeis buscar ya la tranquilidad, despues de haber sufrido todos los vaivenes y las inconstancias de la fortuna.

—Mi palabra está empeñada; D. Carlos y yo hemos concertado este casamiento, y de no cumplir mi promesa, podrian sobrevenirnos graves males.

—Dilatadlo no mas, algunos dias, os lo suplico.

—Es imposible.

—Pensad que se trata de la felicidad de vuestra hija; no querreis hacerla desgraciada, estoy segura de ello.

—Desgraciada! no lo serás obedeciendo á tu padre: dentro de ocho dias se verificará tu matrimonio.

—Señor, os lo pido por la memoria de mi madre; no me hagais desgraciada.

—Dentro de ocho dias repuso secamente D. Diego, y dejó á su hija sola, entregada á la desesperacion. Era Margarita una niña tan candida y sensible, como hermosa, una de esas criaturas privilegiadas que se gozan con la dicha de sus semejantes, y derraman lágrimas con los padecimientos del desgraciado; que alargan sonriendo, un pedazo de pan al mendigo que implora su compasion, y estrechan contra su seno, colman de caricias y alivian en su soledad al niño desventurado que gime huérfano en la tierra; en fin, uno de esos ángeles de caridad que nos manda el cielo de cuando en cuando, para hacernos llevadera nuestra dura peregrinacion por este valle de dolores.

Don Diego, por el contrario era un ambicioso, idólatra del oro, hasta sacrificarle lo que el hombre mira como mas sagrado; de alma fria é insensible, que con el compas del egoismo en la mano, no reia, ni lloraba, sino por cálculo, y sin que su corazón latiese mas aprisa, cuando al parecer, le abatía la tristeza, ó cuando daba señales de la mas estrepitosa alegría.

Salió, pues, D. Diego á dar sus órdenes para el cumplimiento de la próxima boda, y Margarita se quedó repitiendo con voz ahogada por el llanto, „dentro de ocho dias.“

II.

Dos años despues se paseaba Margarita, una

tarde, en el jardín de una casa de campo, y en su fisonomía se retrataba la mas honda tristeza. Sus miradas abatidas, su andar lento y la indiferencia con que al parecer respiraba el aroma de las flores, y sentia halagadas sus sienas por la brisa balsámica del jardín, todo manifestaba claramente las penas que atormentaban su corazón. Era ya esposa de D. Carlos, hombre de cuarenta y cinco años, y que en dos que llevaba de casado con Margarita, no habia tenido ni una caricia, ni una palabra de amor para la pobre jóven: indiferencia, desvío, ved lo único de que sabia usar para con ella. El amor de D. Carlos antes de casarse, se redujo al siguiente raciocinio: „mi caudal sube á tantos pesos; Margarita tiene igual cantidad, luego si me caso con ella veré duplicadas mis riquezas, miéntras que si otra fuere mi esposa, sin tener nada, mi capital quedará reducido á una mitad, porque no se le aumentará un maravedí, y lo gastaremos entre dos, que al fin, una muger que pasa de la miseria á la opulencia, gasta sin medida y... no hay duda, me decido por Margarita.»

Ella virtuosa, sensible, en una edad en que el interes no es el móvil de nuestras acciones, se figuraba en sus sueños de felicidad, un hombre tierno, apasionado, que pagase su amor, con amor solamente, un hombre en fin, que si existe, no pertenecerá por cierto, á la clase elevada de nuestra sociedad. No obstante, habia empleado todos los medios posibles para conquistar el corazón de su esposo, y aunque veia burladas sus esperanzas, á fuerza de virtud sobrellevaba con resignacion una vida tan amarga.

Sentóse finalmente debajo de un árbol frondoso, despues de haber recorrido el jardín, y pocos momentos despues se le acercó D. Pablo, un jóven libertino y sin conciencia, íntimo amigo de D. Carlos, que no ignoraba el cálculo comercial de este para casarse, y el descontento de Margarita.

—Porqué tanta tristeza, Margarita, la dijo, con voz dulce, y dirigiéndole una mirada de vivo interés.

—Ah! no estoy triste, contestó sonriendo amargamente y dando muestras de querer levantarse.

—No se incomode V., varios amigos míos y Carlos con ellos, están á poca distancia de nosotros: mirelos V.

Tranquilizóse Margarita, y D. Pablo con el lenguaje artificioso y astuto de un hombre sin fé, prosiguió.

—Tal vez algun disgustillo con Carlos....

—Caballero! quien le ha dado á V. derecho para decirme eso? —No lo lleve V. á mal, quiero tanto á Carlos y me intereso tan vivamente por V! Es tan poco desabrido, es cierto; pero su corazón es excelente, y V. debe tener bastantes pruebas de que la ama tiernamente. ¿Y como puede no amar tanta hermosura y tanta virtud? —mi, digo, que daría mi vida por la felicidad de V., por no causarla la menor desazon; que si esposo de V., hubiera sido toda mi vida el amante mas obsequioso, mas fino....

—Ya es demasiado, cree V. que si mi esposo oyese tal lenguaje....

—Estoy seguro de que sabria conocer el valor de mi afecto, y haria justicia á mi amistad.

Levantóse Margarita precipitada, sus mejillas se encendieron, un estremecimiento involuntario agitó instantaneamente sus miembros, su corazón latió con violencia, y con voz trémula:—Vamos á unirnos con Carlos, dijo Pablo le ofreció el brazo; ella rehusó por un momento, mas tuvo por fin que ceder y se dirigieron ambos hácia donde estaban en conversacion varios jóvenes con el esposo de Margarita.

—Mas porqué tal turbacion, tal desasosiego aquella pobre jóven?

Quien sabe; mas D. Pablo no era la primera vez que trataba de envenenar con su aliento ponzoñoso aquella flor delicada y hermosa. Empezaba ya á marchitarse sin abrigo; Margarita era una criatura sencilla, y para ella era desconocido el fingimiento, el lenguaje seductor era siempre tan amoroso, tan apasionado.... pobre Margarita! tal vez luchaba con tu corazón el deber y el amor; mas por fin triunfó el deber.

III.

Con que has conseguido salirte con la tuya querido mio; decia á D. Pablo en un calor el jóven elegante que le acompañaba.

—Sí, por fortuna, amigo mio; la intriga me habian formado estuvo á punto de echarme á rodar, pero al fin he vencido y el destino me acompaña.

—¿Y qué intriga era esa?

—El otro pretendiente era astuto y no perdía tiempo: se me anticipó y le hizo un regalo magnífico al Sr. L. de quien pendia la resolución del destino: es claro que yo era perdido, porque el numerario estaba en su mano, no podia yo hacerle otro regalo que le agradase mas á la justicia, que el de mi rival. De pronto, recuerdo que la querida de D. Pablo me era absolutamente desconocida, voy á

la, renuevo mi antigua amistad, la hago interesarse fuertemente en mi favor, y como ves, mi buen competidor, perdió dinero y empleo, y yo no gasté el primero y conseguí el segundo.

—Bravisimo, chico, bravísimo, te doy mil parabienes por tan glorioso triunfo. Ah! tú si que puedes decir con verdad que aseguraste tu fortuna! Un empleo en la aduana marítima de Mazatlán! No pierdo las esperanzas de alcanzar, por influjo de mi tío otro igual ó semejante. ¿Y cuándo es la marcha?

—Debia verificarse dentro de tres dias, mas siempre tendré que aguardarme otros tres mas para dar tiempo á que el marido se ausente y... ya me comprendes.

—Qué! también en esto has logrado tu intento? Vamos, Pablo, eres el hijo mimado de la fortuna.

—Qué quieres, con algun ingenio y una regular dosis de constancia, se hacen maravillas. Desde que murió D. Diego, Carlos trataba á Margarita, no solo con desvío, sino con positiva aspereza, todos los dias la reñia por el mas insignificante motivo, y aun llegó á decirle una vez, que no la amaba, y que un compromiso con D. Diego, le habia estrechado solamente á tomarla por esposa. La pobre muchacha por el grito en los cielos, se desesperaba, y entonces tenia lugar perfectamente mi papel de consolador. No niego que tuve mucho que luchar con la rancia virtud de mi adorada paloma, pero al fin, las circunstancias eran para mí de tal suerte favorables, que todo salió á pedir de boca. Con que ya comprenderás que Margarita va conmigo, y por lo tanto es preciso aguardar á que se aleje mi buen amigo Carlos.

—Vamos, eres un calavera en toda la estension de la palabra. ¿Pero qué no temes las consecuencias de un paso tan atrevido? ¿Crees que el marido, cuando lo sepa, se quedará mano sobre mano?

—Ja, ja, las alzaré al cielo, amigo mio, la carga le parece harto pesada, para que no quiera librarse de ella.

—Puedes darle lecciones al mas pintado.

—No tal, la suerte se ha empeñado en proteger mis amorios, y ademas, soy un tanto desocupado.... y activo.

—No echaré en saco roto tus lecciones.

—Eres muchacho vivo y puedes aumentar considerablemente el número de tus conquistas.

—No olvides despedirte de mí.

—Ni tú dejes traslucir en lo mas mínimo mi secreto.

—Adios buena alhaja: —Adios.

IV.

Trasladémonos ahora á Mazatlán, despues que han transcurrido tres años, y en un cuarto miserable, alumbrado por una lámpara opaca, veremos á un hombre pálido, y de ojos desencajados, paseandose con agitacion y murmurando algunas palabras con tono melancólico.—Todo se ha perdido, decia, ningun recurso me queda aqui para subsistir, es indispensable volver á México; allí con empeños... ¿mas porqué ha caido sobre mi esta desgracia, cuando otros de peor conducta que yo se mantienen en sus empleos y jamas son castigados? Mas qué dudo! imprudente! Haberme desavenido con ese comerciante rico, debia perderme; me cegó la codicia. Si me hubiese contentado con el dinero que me ofrecia por el contrabando!... y lo peor es que nada tengo, porque el maldito juego... Esa muger me estorba y aumenta lo desesperado de mi situacion; es preciso deshacerse de ella. La llevaré conmigo á México, donde tal vez puedo recobrar mi destino, y allí la dejaré; su marido podrá compadecerse de ella, ó si nó sus parientes. Y sobre todo, qué me importa! harto apurada es mi situacion para que busque quien la agrave. No la diré sin embargo donde vamos, porque estoy seguro de que se negará, fingirá que nuestra marcha es á otro lugar cualquiera, al cabo nó conoce mas camino que el que tragimos de México, y llevándola por otro estraviado.... Si, partiremos dentro de dos dias.

Al llegar aquí D. Pablo, se presentó una muger hermosa, con el cabello suelto; era Margarita. Sus ojos antes tan apacibles, tan seductores, estaban ahora apagados, y sus mejillas de rosa habian perdido su color y su frescura. Tres años de arrastrar una vida de remordimientos, habian bastado para arrancarle aquella belleza incomparable de una alma inocente y sin mancha, que anima las facciones de un rostro juvenil. Desventurada! todo se conjuró para perderte! mas cobra ánimo, empapa con tus lágrimas los piés de Jesucristo, como la pecadora del Evangelio, y tu alma tornará á despedir la suave fragancia de la virtud, y ceñirá otra vez tus sienas la resplandeciente aureola de la pureza.

—Deseaba verte, la dijo D. Pablo, he meditado ya el único partido que me resta, y es indispensable no perder un momento.

—¿Qué has resuelto?

—Pasado mañana saldremos de aqui para....

Puebla, á donde debo ir á recoger una cantidad de dinero que me debe un comerciante.

--Mas... tan cerca de México... Dios mio, moriría de vergüenza, si por cualquier accidente llegase á verme alguna persona conocida. ¿No ves que estoy cubierta de oprobio... y mi marido... mis parientes...

--Nada te apure, estaremos en Puebla dos días á lo mas, y ya ves que en tan corto plazo es imposible que te vean si usas de alguna precaucion.

--Está bien, repuso Margarita, con voz débil, haz de mi lo que quieras. Ah! por desgracia mia estoy unida contigo por los lazos del crimen, y estos lazos tienen dureza de diamante.

--Señora, está V. muy necia de poco tiempo á esta parte.

--Ingrato! me tratas con tanta aspereza, sin recordar que tú eres la causa de mi perdicion, le contestó Margarita con amarga sonrisa.

--Estais muy enfadada por vida mia!

Y salió D. Pablo dejando á la pobre muger luchando con sus remordimientos.

V.

A los dos días caminaban para México D. Pablo y Margarita, juzgando siempre la última que se dirigian á Puebla. Llegaron por fin á México, ya entrada la noche, por industria de D. Pablo, y Margarita, ciega por su oprobio, no conocia aun la perfidia del monstruo que la habia seducido, apesar de estar ya en una de las calles de la ciudad. Llamaron á la puerta de un meson, pidieron posada, y despues de haber entregado al huésped los dos caballos que les habian servido en el viaje, subió D. Pablo á Margarita al cuarto en que debia hospedarse. A pocos momentos se separó de ella, y buscando al posadero, antiguo conocido suyo, y hombre de conciencia no muy escrupulosa, le dijo.—Toma, Nicolás este dinero que es lo único que me queda, y acuérdate de que somos amigos viejos.

--En qué puedo servir á V., Señor?

--Esa muger que viene conmigo cree que está en Puebla, amigo mio, y es necesario hacer porque no salga de su engaño, por lo ménos en tres días que será el tiempo que yo dilataré en marcharme.

Contóle entonces su historia y sus proyectos, y como en los tres días tenia esperanzas de recobrar su destino; y en caso que no, que habia pensado partir siempre para San Luis Potosí, en busca de un tío viejo que le queria entrañablemente, y con el que estaba seguro de encontrar amparo. Oyóle atentamente Nicolás,

y le prometió hacer cuanto estuviese en su mano no para engañar á Margarita, y para disculpar á D. Pablo de su tardanza; despidiéronse y fué D. Pablo repitiendo con gozo: ¡ya soy libre!

Entre tanto, la infeliz Margarita quedaba llena de inquietud y de fatales presentimientos. Pasó la noche sin que el sueño cerrase un momento sus párpados, y al siguiente día preguntó á Nicolás qué habia sido de D. Pablo.

--Pierda V. cuidado, señorita, contestó el posadero, seguramente sus negocios no le han dejado volver. Me encargó que tranquilizara á V. en caso de tardarse, y que no la dejase de nadie, y me aseguró que les importaba á los dos salir de aqui cuanto ántes.

--Es verdad; ¿y donde estamos?

--Cómo donde? en Puebla señorita.

Cobró alguna confianza por entonces Margarita, mas viendo que pasaba mucho tiempo y que D. Pablo no volvia, sus sospechas tomaron nueva fuerza, y su espíritu fué presa de una violenta agitacion. Tal vez este hombre decia para sí, está de acuerdo con Pablo: si porqué tanto tardar? Al entrar en la ciudad me pareció que reconocia... ah! si pudiese ver por una ventana la calle... informarme. Pero ese Nicolás no me pierde un momento de vista; como haria para alejarle de mí un poco no mas el tiempo necesario para correr á una ventana ó para preguntarle á alguno... ¿ah! infame, abandonarme! seria posible? Y qué dudo de D. Pablo, de ese hombre inicuo, que me empujó al abismo? ¿Y si estoy en México y mi marido, mis parientes, mis amigos, llegan á saberlo... oh! Dios mio, primero la muerte!

Tres días mas pasaron y la pobre muger cada instante sentia mas y mas abrasada su conciencia por un fuego devorador; sus sospechas eran ya casi realidad, pero todavía no palpaba su desengaño. Observó que Nicolás se habia retirado, y aprovechándose de la oportunidad corrió á una ventana del meson, que daba á la calle, y asomando la cabeza, comenzó á mirar con ojos desencajados los objetos que se le presentaban. „No hay duda, México... México...“ exclamó con la risa de un loco.

--Mas que voces son esas, Dios mio! ¿qué ois... á mí se dirigen: mira, mira á la puerta... No, infames; no me vereis jamas. Cerró la ventana con violencia convulsiva, se cerró en su aposento, y desde un rincón se escondió si la persiguiesen algunos asesinos.—dejadme por piedad, decia á gritos: buscadme, buscadme, á ese malvado. Mas... no haceis caso... soldad... soldad... adonde me llevais... ¿qué me sois... oh! ya miro vuestros rostros...

nales... Virgen Santísima!... tened misericordia de mí. Y cayó en el suelo desmayada, con la violencia del frenesí. Así estuvo hasta ya entrada la noche, á la hora en que el posadero fué á llevar luz á su aposento. Encontróla caída en el suelo, dirigióse inmediatamente á ella, señorita, señorita, comenzó á decirle haciendo por levantarla; entónces Margarita, como si despertase de un profundo sueño, se restregó los ojos muy despacio, y fijándolos en Nicolás—¿quién sois, le dijo, con la mayor calma?

—Nicolás, señorita: ¿qué os ha sucedido?

—Nada, contestó Margarita, reflexionando profundamente; un ligero desvanecimiento... pero ya pasó: y dirigiendo una mirada cuidadosa en su derredor, prosiguió: me alegro de que hayais venido, os había menester.

—Mandadme.

—¿Dónde está la silla del caballo en que venía Pablo?

—En mi cuarto, señorita.

—Id á traerla. En ella tengo guardados algunos... papeles que me interesa ver.

—Vuelvo al momento.

Volvió en efecto, Nicolás, llevando la silla que le había pedido Margarita; y esta, examinándola disimuladamente vió que tenía lo que buscaba, y eran dos pistolas.

—Está bien, dijo á Nicolás. Hacedme ahora el favor de darme papel y tintero.

—Encontrareis uno y otro en el cajon de esa mesa.

—Gracias, amigo mio, dejadme ahora. Solamente os encargo que volváis mañana temprano, á llevar una carta á su título.

—Sereis obedecida.

Fuese Nicolás, y habiéndose quedado sola Margarita, sacó una de las pistolas, la examinó cuidadosamente, se convenció de que estaba cargada, la puso sobre la mesa y sacó del cajon el papel y el tintero. Ya que estuvo todo dispuesto, se recostó en la cama para descansar de la fatiga que le había causado su delirio.

—Veinticinco de marzo, decia; hoy hace seis años que me casé; lo recuerdo bien. Era una noche de luna, habia en el cielo esparcidos negros nubarrones, emblemas quizá de mi destino. La bulliciosa algazara de los convidados y los acentos de la música sonaban tristemente en mis oídos; eran las cuatro, las cuatro de la mañana, cuando pronuncié el sí tre-

mendo. ¡Oh gran Dios! por qué no mori entónces! Y ahora, á las cuatro dejaré de existir. Siento en mi corazon un peso que lo agobia... será miedo? Ah! no... miedo no; ¿por qué he de sentir dejar el mundo? al contrario, la muerte me libra de la vergüenza, de la ignominia... Sin embargo, aun el pobre mortal que atraviesa la vida, ébrio de tribulacion y de amargura, siente llegar al término... ¿Y Pablo... ah! ese nombre me hará aborrecer la vida lo suficiente para dejarla sin pena. Traidor! qué le costaba haberme abandonado en otra parte... pero ah! tiene de cumplirse mi destino."

En tan tristes reflexiones pasó un buen espacio, hasta que el reloj de S. Francisco daba los tres cuartos para las cuatro.—Ya es hora, dijo levantándose y dejando desprender de sus ojos una lágrima; esta lágrima, añadió, es por mí... sí, por mí... tal vez será la única que se derrame por la pobre Margarita...

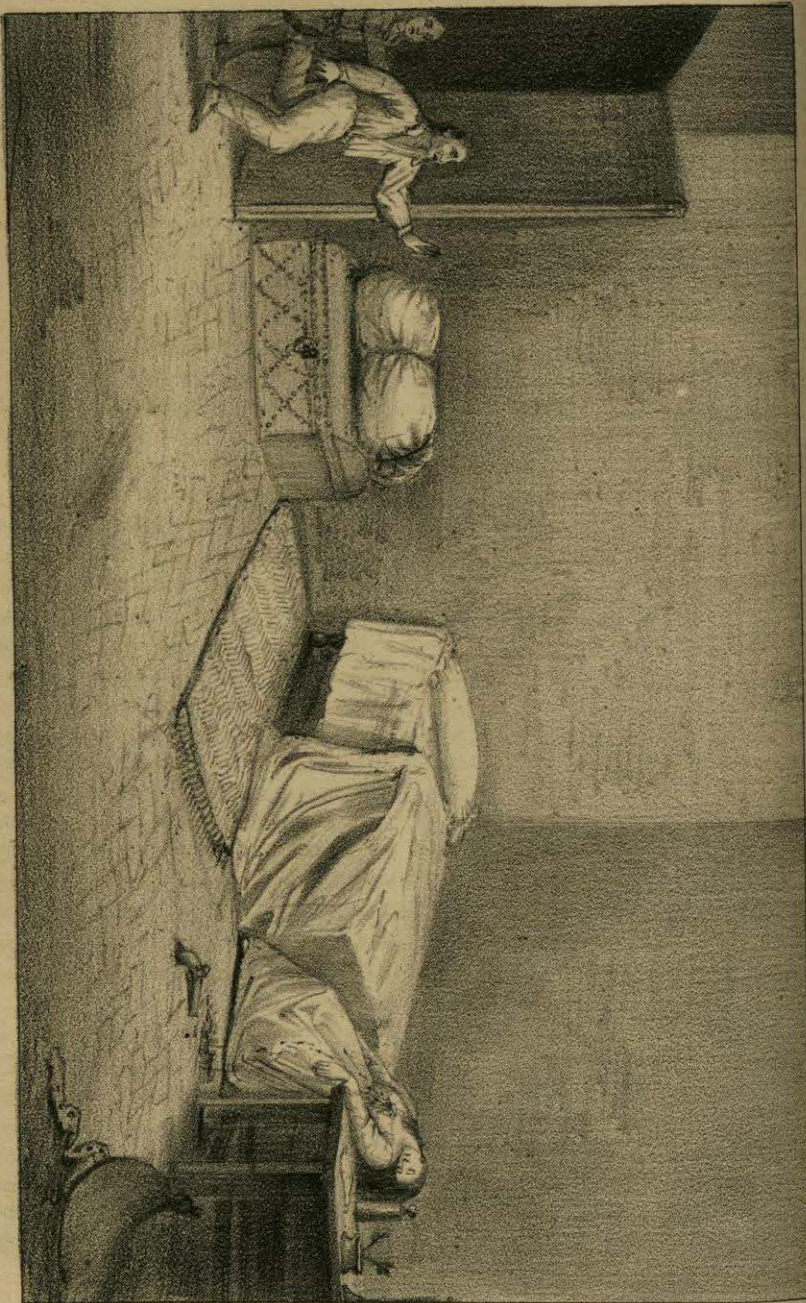
Sentóse á la mesa, tomó la pluma, y comenzó á escribir con mano firme: su rostro estaba cubierto de mortal palidez, lánguidos sus ojos, su cabeza apoyada en una mano, y su cabello suelto descendiendo parte por su espalda, y parte cubriendo aquel seno mórvido que se dilataba y se contrahía blandamente... qué hermosa estaba! Quién creyera que iba á sellar con un crimen todos los demas!

„A D. Carlos de L.... México 25 de Marzo. —Hoy hace seis años que se verificó nuestro matrimonio; tal vez recordareis... aquella noche... eran las cuatro... me arrancasteis un sí, que va á matarme ahora. Quiero que lo sepais, no para excitar vuestra compasion, porque bien sé que no la conoceis, sino para dejaros, al salir de la vida, un eterno remordimiento. Mi seductor ha partido ya, tal vez, pero no se os olvide darle parte de mi suceso: él y vos mereceis ser amigos. Y mi padre... ah! no... horrible pensamiento, mi padre fué seducido por vos... ninguna culpa tuvo de mi perdicion...

Padre mio! Madre mia... pronto nos veremos... Una... dos... tres...

En ese momento se escuchó una terrible explosion, acudieron el posadero y otros, con el fin de averiguar qué había sucedido, y encontraron á Margarita bañada en su sangre... Ya había espirado.

J. N. NAVARRO,



Margarita